
Cristina Gálvez

DEBATE 8 dedicó su entrevista central a Cristina Gálvez y puede complacerse de haber entregado un buen retrato público de quien era, ante todo, una mujer íntima y privada. Muerta en medio de su vitalidad, en plena actividad creativa, DEBATE le reitera su homenaje, a través de testimonios de amigos que la conocieron de diferentes modo y que coincidieron, como tantos, en quererla.

Cristina Gálvez brindó a los jóvenes la posibilidad de tener con ella una amistad egoístamente hermosa. Tenía un respeto al tiempo por vivir que hacía tenerle a ella respeto al tiempo vivido. Quizá por esa inagotable fe en el ser humano, del cual decía, que mientras existiera la lucha, habría la esperanza de un cambio. Enseñaba a vencer debilidades, frente a una realidad.

Maestra del arte, a través de la vida, no creo que sea ahora que comprendamos todo lo que dio. Será después cuando transcurra el tiempo, y comencemos a sentir su gran ausencia.

Margarita Checa

El vacío que deja Cristina con su muerte es irreparable, para todos los que la quisimos y admiramos, para los que la miraron desde lejos y para aquellos que no la conocieron. El Perú ha perdido

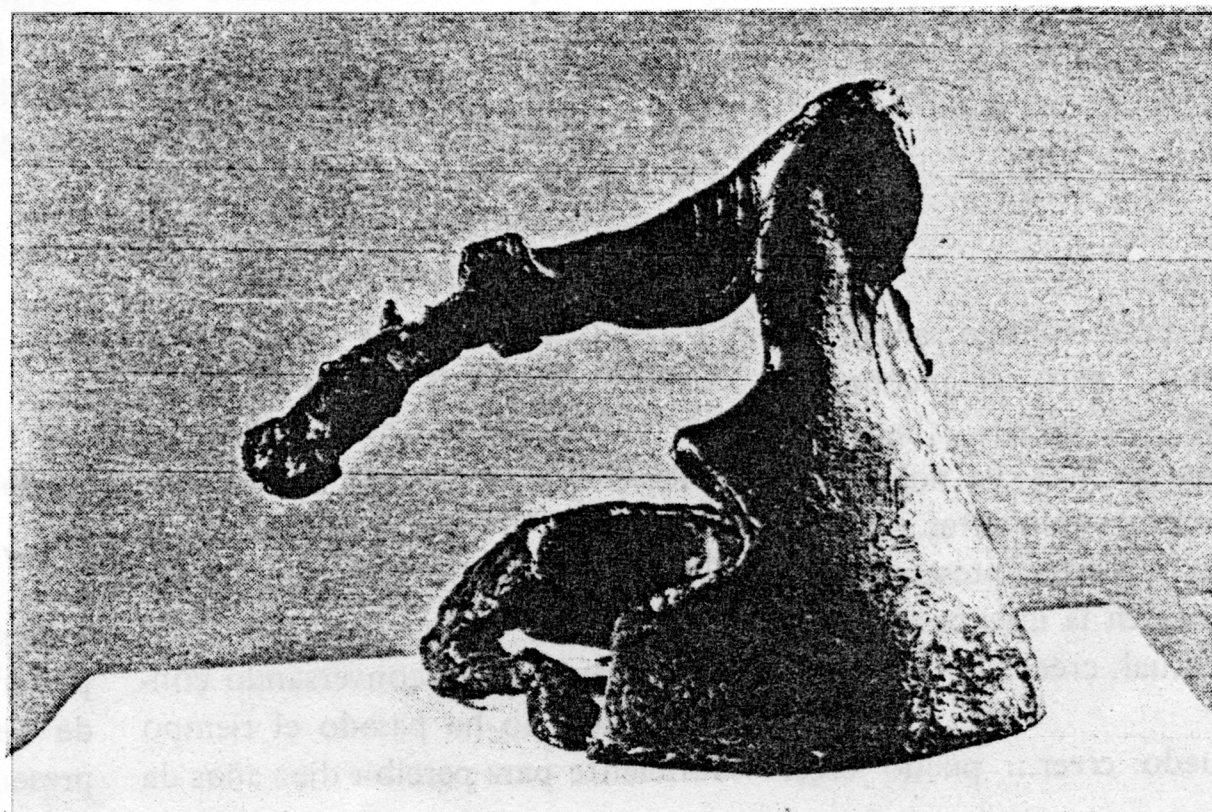
una artista genial y una voz que se levantó siempre con coraje y valentía. Su obra es el testimonio de su genio; por lo tanto prefiero hablar de la mujer, la maestra y la amiga que fue para mí.

Conocí a Cristina cuando todavía estaba en el colegio y en uniforme iba a dibujar a su taller. Fue la primera vez que un adulto no me trató con paternalismo. Desde entonces la quise y admiré y estos sen-

timientos fueron aumentando mientras mejor la comprendía. Es difícil encontrar una persona que se comprometa, como ella se comprometió, con dolor y esperanza.

El ejemplo de Cristina no es sino entrega y amor al ser humano. "No puedo escuchar un grito sin acudir". Pero el grito, su grito, fue grito de protesta y rebeldía. "Si uno no ha venido a turbar a qué ha venido".

Mucho se habla de la rebeldía.





como sinónimo del joven. En Cristina la rebeldía con el tiempo se iba afilando como un cuchillo; iba aumentando en intensidad. Por eso y tantas cosas difíciles de explicar, Cristina deja este vacío físico y cruel de su muerte, que es a la vez incomprensible, pues en el interior de los que la quisimos, ella nunca morirá.

Clo de la Puente

Cristina,
Conversar contigo, ahora, todavía... pero si recobro la conciencia: ¡no estás!... ¡hace días que ya no estás! Y ya no estarás, como siempre, como antes.

Sueños... fuertes presencias tuyas me invaden la insistente manobra intelectual, creer que te has ido de viaje.

Lo puedo creer... puedo creer

que estés en otro lado. El destino te hizo viajar sin avisarnos, hizo que algunos de nosotros, tus amigos alumnos, te sujetáramos el espíritu y en nuestro rincón importante de memorias rodeáramos tu ausencia de misterio y la pena de argumentos.

Entras ahora al mito. El símbolo vivo ha muerto, pero los símbolos viven siempre. Es una historia que recién comienza... el que tú ya no estés allí en donde siempre podíamos esperar encontrarte. Tu taller, ese "sueño" construido con amor de otros mundos estará marcado con tu ausencia para siempre.

Ahora ya no serás consejo oral, ejemplo latente o aliento de aprender. Ahora serás fuerza oculta, esa repercusión de tu vida que ha quedado vibrando en la nuestra. Y la distancia es recién de algunos domingos.

Todavía estoy conversando contigo, pues no ha pasado el tiempo suficiente para percibir diez años de

mi vida con tu vida. Conversar contigo como de costumbre, conversar de las cosas importantes, confiar en que tú puedes guiarme como lo has hecho durante todos estos años, pero desde esta vez sin volver a despedirnos nunca más.

Domingo 7, noche llena de planetas, llena de la luna llena, llenas tú lo que faltaba de su misterio, Cristina, no eres ya... ahora eres noche interna, señal en medio de señales. Pasaste por el umbral de tu última gran escultura.

Henry Ledgard

Cristina, ha sido un privilegio conocerte, tu desaparición me ha generado un profundo sentimiento de dolor y pena, por no poder seguir gozando con plenitud de tu compañía. Sin embargo tu presencia interna está tan viva, que



continúa con el enriquecimiento que tu persona produce.

Eres uno de los seres más auténticos que he conocido. A este atributo se agrega tu pasión lúcida, tu coraje, tu integridad, tu dignidad, tu interés legítimo por los seres en situación de dolor y por poseer esa envidiable creatividad, no solamente reflejada en tus obras sino en el espíritu que emanaba y trascendía de tu amistad. Creo que decir algo acerca de tí es limitante, porque tu persona con tus matices geniales va más allá de lo que pudiera decirse.

Espero que decir todo esto no sea desvirtuar la profunda intimidad, privacidad y discreción de nuestro vínculo que continúa y continuará a pesar de tu muerte.

Saúl Peña K.

La conocí cuando yo tenía trece años. Fue mi primera maestra y no puedo decir que sólo de dibujo y escultura, en lo cual enseñó la base de mi trabajo posterior: la estructura, la línea, el espacio, el volumen.

Me enseñó tantas cosas más: a amar y luchar en la vida, a no tener

miedo a mí misma, a desarrollarme mirando siempre hacia adelante. Fueron cinco años en que me enseñó no sólo con palabras, sino con su ejemplo de mujer: independiente, artista, creadora, apasionada por dar lo mejor de sí misma y por menguar el sufrimiento humano que tanto le dolía.

La quise mucho como maestra y, a través de todos estos años, como amiga que siempre estaba allí, donde la buscara con su carácter indomable, sus consejos, sus explosiones de alegría, de colera, de tristeza, o de generosidad. Era consecuente en sus ideas, en su arte, en sus obsesiones. Caballos, toros, el doble, el grito, la agresión, el silencio, la noche.

Honesta siempre, con tantos años de conocernos no puedo dejar de sentirla, de oírla dentro de mí.

Sonia Pragner

El despojamiento de todo lo accesorio —de cuanto carecía de significación para su trabajo de escultora o para su relación con alumnos y amigos— aparece como el primer carácter exterior en la persona de Cristina Gálvez. De allí la sobriedad de su entorno, el aire simultáneamente abierto y austero



de su taller y de su casa. En un físico magro, casi exhausto, alentaba sin embargo una energía que se creaba a sí misma y que operaba en planos complementarios: una incesante tarea creativa —dibujos, grabados, esculturas, proyectos— y un diálogo apasionado y rotundo, estimulante y esencial. Su entusiasmo o su indignación parecían alimentar la fragilidad de su cuerpo y si el vocablo “formidable” aparecía, sin regateos, para enfatizar su apoyo, sus opiniones adversas carecían también de recortes. Un sentimiento radical de justicia —humana, social, estética— alentaba sus palabras y en



cada una de ellas se manifestaba insobornable sin eufemismos, exaltadamente si era necesario. De su comprensión y de su receptividad quedan los testimonios de quienes compartieron su amistad y su aliento, su implacable sentido del humor y su risa franca, a veces sarcástica, su disponibilidad para cuantos necesitaban de su taller y de su enseñanza, o de su palabra y de su ayuda. Las consecuencias personales de este insólito modo de ser eran inevitables: una independencia irreductible, valiente, desdeñosa si era el caso, y la soledad —no el aislamiento— que supo vivir en los momentos —la muerte fue el último de ellos— en que toda compañía podía ser banal o innecesaria.

Carlos Rodríguez Saavedra

Debo a mi esposa la experiencia extraordinaria de haber conocido a Cristina Gálvez y haber mantenido con ella una amistad de prácticamente 15 años con una excelente comunicación.

Cristina fue una mujer singular. Era lo más cercano que he conocido al espíritu libre de que hablaba Nietzsche: había logrado romper con todos los prejuicios, se había desligado de todas las opiniones comunes, positivas o negativas, constructivas o destructivas, edificantes o perversas. Desafiaba sin dramatismos ni demagogias la noción misma de verdad, aborrecía la mediocridad y de la manera más natural socavaba las bases de todo lo que es generalmente aceptado simplemente porque es aceptable. Porque para ella, pensar en forma audaz y original se había convertido en una segunda naturaleza: su mirada siempre nueva sobre personas y situaciones no era un forzado ejercicio de originalidad ni una crispación de protesta, sino que fluía espontáneamente, sin esfuerzos ni vacilaciones.

Cristina era un centro firme alrededor del cual giraban multifacéticos sus fantasmas, sus compañeros



Amparo Valsemía S. "Cristina fue una mujer inteligente y humana".



"Desafiaba sin dramatismos ni demagogia la noción misma de la verdad".

de las largas noches, sus alumnos, sus amigos, todos los personajes de su rico mundo interior y exterior.

Algunos de los personajes nocturnos que la rondaban en su mundo interior son ahora conocidos porque ella misma los presentó a sus amigos del mundo exterior a través de sus dibujos y esculturas: las hilanderas que tejen y destejen la vida de los hombres como arañas que construyen y asesinan; la temible Dama de ese Ajedrez en el que se confrontan fuerzas misteriosas que terminan convirtiéndose en energía pura; su ejército de caballos que galopan afanosamente hacia la muerte, resoplando vida, gozando de la *joie de vivre*, olfateando el abismo, estirando sus cuellos hacia la noche hasta descoyunturarse.

Pero ese maravilloso bosque interior estaba poblado por un sinnúmero de otros personajes, la mayoría de ellos desconocidos para los amigos exteriores y algunos extraños y desconcertantes para ella misma. Un grupo de ellos habitaba los "Cuatro Cuartetos" de T.S. Elliot. Recuerdo ese temblor de su voz, esa mezcla de asombro y vértigo con que hablaba del pájaro que da cuenta del peso de la realidad sobre el ser humano ("Go, go, go, said the bird: human kind/ cannot bear very

much reality"). Recuerdo también el escalofrío de temor que pudimos advertir en sus ojos cuando nos contaba la importancia enigmática que tenía para ella esa incógnita "*figure of the ten stairs*". De alguna manera, ella presentía que ese personaje tenía un significado recóndito y terrible. Y quizá ese domingo fatídico, la misma figura sin rostro estaba acechándola en el recodo de la escalera de su casa desde donde resbaló, para acompañarla a cruzar "*the door we never opened/ into the rose-garden*" que ella tanto amó.

10 3.82

Fernando de Trazegnies Granda

Me inicié como modelo a la edad de 16 años en la escuela de Artes Plásticas, cuando estaba en la Plaza Francia de Lima. Luego pasó a la avenida Arequipa y después al fundo Pando. Allí conocí a Pepe Russo, él era estudiante de dibujo, y me dijo que si quería trabajar en el taller de Cristina Gálvez. Yo le dije que sí y me dio la dirección en Bellavista, Miraflores.

Conocí a Cristina Gálvez en el mes de enero de 1968. Con una sonrisa me recibió y aceptó que trabajara con ella. Después pasamos a Gálvez en Miraflores y estuve con ella hasta 1972 cuando viajó a Francia de vacaciones.

Regresé al taller en 1975, en Roma 925, Miraflores, a pedirle trabajo de modelo. Ella me recibió con el cariño que siempre dio al ser humano. Así fui su modelo, su amiga y ama de llaves hasta su muerte.

Cristina fue una mujer inteligente y humana, que dio amor a todos los que tuvieron la suerte de conocerla. Hoy que el país ha perdido un valor del Arte Peruano, hoy sólo nos queda su recuerdo, sus obras, que siempre vivirán con nosotros.

Amparo Valsemía S.